

Rev. C. Harinck
Lectura: Romanos 3:9-31

Salterios:

Primer: 268:1-4

Segundo: 83:1-3

Tercer: 283:1-3,5

Cuarto: 232:3

Último: 374:1,2,4

Introducción.

Congregación, a veces nos preguntamos: “¿Qué hombre es realmente bendito? ¿Quién puede decir que es realmente feliz?” Encontramos la respuesta a esta pregunta en el Salterio que cantamos al principio del culto: *“Bendito es el hombre perdonado por Dios, cubiertos ante el cielo todos sus pecados”* (Salterio 83:1). Ese hombre es verdaderamente bendito. La profunda causa de esta bienaventuranza se expresa en estas palabras: *“a quien Jehová no imputa la iniquidad”* (Salmo 32:2).

“No imputar la iniquidad” es la puerta a la verdadera bienaventuranza. El hombre realmente bendito es el hombre a quien Dios ya no considera responsable de su iniquidad; en cambio, Dios imputa la justicia de Cristo a él. La deuda del pecado ya no está a su cuenta. Sus pecados fueron imputados a Cristo. Eso hace al pecador un hombre realmente bendito.

El apóstol Pablo aborda esta doctrina de la imputación de la justicia de Cristo en nuestro texto:

Texto: Romanos 3:21-22¹

“Pero ahora, sin la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en él; porque no hay diferencia”.

Tema: La Justicia Salvadora de Dios²

1. La naturaleza de esta justicia salvadora
2. La participación en esta justicia salvadora

Primer pensamiento. La naturaleza de esta justicia salvadora.

¹ Las citas bíblicas en este sermón son tomadas de la revisión de la Biblia *Reina Valera – SBT* de la Sociedad Bíblica Trinitaria. Puede leer esta versión de la Biblia aquí: <https://www.reinavalera.online> o encontrar más información acerca de esta revisión en el sitio web de la sociedad aquí: <https://sociedadbiblicatrinitaria.org/revision-reina-valera-1909/>.

² Este es el segundo sermón de una serie de cinco sermones basados en Romanos 3.

En los anteriores versículos, el apóstol dejó claro que todos los hombres son pecadores. Él acusa a judíos, griegos y gentiles de que todos están bajo el pecado. Todos están bajo el poder del Diablo y han corrompido sus caminos ante el Señor. *“No hay justo, ni aun uno. Todos se apartaron, a una fueron hechos inútiles”* (Romanos 3:10-11).

Y así el apóstol llegó a la conclusión chocante: *“para que toda boca se cierre y todo el mundo se sujete al juicio de Dios”* (Romanos 3:19). Esa es la condición del mundo: es un mundo culpable y condenado. Ante la corte de la justicia de Dios, el mundo es hallado culpable y condenado a un eterna e irrevocable castigo.

No solo eso. La humanidad caída no puede salvarse de esta condenación por guardar la ley. El mundo depravado no puede producir el tipo de justicia que puede satisfacer las demandas de Dios. Todos los hechos del hombre caído están manchados con el pecado. El apóstol debe concluir: *“por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él; porque por la ley es el conocimiento del pecado”* (Romanos 3:20).

El hombre, por lo tanto, es un pecador perdido. Está espiritualmente y moralmente depravado. Está bajo el juicio y la ira de un Dios santo, el Creador del cielo y de la tierra. De esta manera, Pablo dibuja una imagen para nosotros de un mundo espiritualmente y moralmente en bancarrota. Él retrata nuestro mundo como un mundo que está bajo el juicio de Dios e incapaz de liberarse de ello.

En el pasaje que deseamos predicar hoy, el apóstol continúa su argumento. Después de hablar de la depravación, la culpa, la impotencia y la condenación, ahora habla acerca de la salvación. Él comienza este argumento diciendo: *“Pero ahora”*. *“Pero ahora”* la salvación se ha manifestado. La pequeña palabra *“ahora”* contiene un doble significado. Por cierto, Pablo quiere decir: ahora en Cristo. Pero también podemos leer: ahora, después de todo lo que he argumentado hasta este punto.

La carta de Pablo a los romanos está bien estructurada. Pablo no simplemente escribe al azar lo que se le ocurre. Tiene un plan sólido y un patrón. Su discurso sobre la depravación del judío y del gentil ha irrefutablemente probado que la entera raza humana es depravada, culpable y bajo la ira de Dios. Somos considerados todos juntos, por decirlo así, y el mundo entero es declarado culpable ante Dios. Con propósito, el apóstol trabaja hacia esta conclusión. Eso es lo que pretende mostrarnos.

Y no es solo Pablo quien nos hace ver esta realidad. Congregación, Dios mismo también nos dirige a esta conclusión. Dios quiere enseñarnos que somos un pueblo perdido. No hay, por así decirlo, una manera de que nos pueda conceder Su gracia antes de que hayamos aprendido esta

lección. Si Él, por Su Espíritu, nos convence de nuestros pecados, somos puestos junto con el judío y el gentil en la categoría de pecadores que han hecho maldad y que son culpables ante Dios. Dios nos descubre nuestra existencia pecaminosa para que comencemos a ver y confesar que, de nuestro lado, todo se ha arruinado y perdido. Comenzamos a ver que somos culpables e indefensos, impotentes para salvarnos y levantarnos de nuestra miseria.

Empezamos a experimentar lo que Pablo escribe: *“por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él”* (Romanos 3:20). Así, nuestras bocas se cierran y venimos a confesar: *“Contra Ti he pecado, Te provoqué en Tu rostro”* (Salterio 140:2).

Pero no se termina allí. Ya mencioné: Pablo trabaja hacia un objetivo específico. El objetivo no es que solamente confesemos que todos hemos pecado y que somos culpables ante Dios, junto con el mundo entero. No, la meta de Pablo es hacer resplandecer el evangelio de Cristo. Por lo tanto, continúa con su argumento en el versículo 21: *“Pero ahora, sin la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas”* (Romanos 3:21).

“Pero ahora”. Así, el apóstol comienza este nuevo mensaje. Él comienza con un divino “pero” y con la pequeña palabra “ahora”. *“Pero ahora”*. Este es el gran punto de inflexión, la bisagra que abre la puerta a la gracia de Dios. El “Pero ahora” de Dios hace añicos el estado desesperanzado del hombre caído.

La situación del hombre es oscura y sin esperanza. Su boca está cerrada; no tiene defensa. El mundo entero queda como culpable ante Dios. Pero entonces, repentinamente, ¡luz resplandece en las tinieblas y escuchamos: *“Pero ahora”*! Ahora, con la aparición de Jesucristo en el cumplimiento del tiempo. Ahora, después de Belén, Getsemaní, Gólgota y Pascua. Ahora, después del sufrimiento y la muerte en la cruz del Hijo de Dios en nuestra carne. Ahora, después del derramamiento de la sangre de Jesús. Ahora, después de que Jesús llevó la ira de Dios, bajo la cual nosotros habríamos perecido por siempre. Ahora, después de Pentecostés, después del derramamiento del Espíritu sobre toda carne. Ahora, después de que la pared intermedia de separación entre judío y gentil ha sido destruida y el evangelio ha sido predicado a los Gentiles. *“Pero ahora, sin la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en él; porque no hay diferencia”* (Romanos 3:21-22).

Es así como Dios redime al hombre caído: por este camino y de esta manera. Él dio a Su Hijo unigénito para satisfacer las demandas de la ley y llevar el castigo de los transgresores. Él puso a Su Hijo en el lugar del culpable pecador para poder perdonar al hombre, mientras mantiene al mismo tiempo las virtudes de Su justicia y santidad.

Casi no hay palabras más preciosas en las Escrituras que estas dos: *“Pero ahora”*. ¡Son palabras de importancia vital! Oscura, sin esperanza y desesperada es la situación del hombre, nos demuestra el apóstol. Sin embargo, repentinamente, hay esto: ¡*“Pero ahora”*! Repentinamente, la luz resplandece en la noche oscura. Repentinamente, hay una proclamación de esperanza. ¿Qué ha sucedido para que la penumbra y la desesperanza se rompan?

El apóstol dice: *“Pero ahora ... se ha manifestado la justicia de Dios”* (vs 21). El apóstol nos cuenta lo que sucedió. La justicia de Dios ha salido a la luz. Pero eso no es una razón para regocijarse, ¿verdad? Después de todo, ¡la justicia de Dios es terrible! ¡Cuando Dios revela Su justicia, condenación debe seguir y tendremos que llevar el juicio eterno de nuestros pecados! Si en su lugar, dijera que Dios ha revelado Su misericordiosa bondad, entonces sí, habría esperanza en nuestra condición miserable. ¡Pero el apóstol aquí dice que Dios ha revelado Su justicia! ¡Eso significa la muerte y la condenación!

Congregación, así leyó Lutero la carta a los romanos. Así él entendió la palabra “justicia”. Después de que el rector de la Universidad en Wittenberg, Von Staupitz, le asignara examinar la carta a los romanos con sus estudiantes, él dijo: “Von Staupitz no podría haberme hecho más daño que asignarme la tarea de explicar esta carta”. La palabra “justicia” le llenó de desánimo. Él diría después: “Yo sabía que la ley revela la justicia de Dios, pero ahora tuve que aceptar que el evangelio también revela la justicia de Dios”. Él razonaba: “Si Dios mantiene Su justicia y si el evangelio solo habla de la justicia, entonces estoy perdido”.

La justicia de Dios se convirtió en la lucha más grande para Lutero. Normalmente pensamos y decimos que el pecado era su problema más grande, pero su problema más profundo era Dios, y especialmente la justicia de Dios. Lutero debía concluir: “Cuando aún el evangelio dice que Dios mantiene Su justicia estricta, entonces yo soy condenado”. Por esa razón, la pregunta ardiente de Lutero llegó a ser: “¿Cómo encontraré a Dios como un Dios misericordioso, un Dios que tendrá gracia para conmigo?”

La justicia de Dios se convierte en la lucha de un pecador convencido también. Cuando el Señor nos convence de nuestros pecados y trae de vuelta los pecados del pasado a nuestra memoria, experimentamos con David: *“mi pecado está siempre delante de mí”* (Salmo 51:3). Entonces, la justicia de Dios se convierte en nuestro problema más grande. El pecador convencido cree y experimenta que, “si Dios es en realidad justo y de ningún modo dará por inocente al malvado, entonces estoy perdido”. Él o ella ya no piensa superficialmente acerca del pecado y de la misericordia perdonadora de Dios. Cuando claramente vemos nuestros pecados, nos damos cuenta de que: “Dios no simplemente pasará por alto toda la maldad que he cometido. Él es demasiado santo y justo para que mis pecados queden impunes”. Pensamientos acerca de la justicia de Dios nos preocupan y nos llenan de temor y temblor, de modo que, como Lutero, decimos: “¿Cómo encuentro a Dios como un Dios misericordioso?”

Sin embargo, el apóstol no proclama una justicia que castiga y que toma venganza; él proclama una justicia salvadora. El evangelio revela *“la justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo”*, como dice Pablo en el versículo 22. Se trata de la justicia de Dios. Esa es una justicia cuyo Autor es Dios, una justicia que Dios establece, imparte e imputa. No es una justicia que el hombre produce, sino una justicia que Dios concede e imputa. Y así, esta justicia es el completo opuesto de la justicia que los judíos intentaban edificar.

El apóstol dice que es una justicia *“sin la ley ... testificada por la ley y por los profetas”*. No es una justicia que se obtiene por guardar la ley, ni está establecida de una manera judía. Es una justicia enteramente diferente. Y, sin embargo, es una justicia de la que testifican la ley y los profetas. Parece una conclusión rara: es una justicia no obtenida por guardar la ley y, sin embargo, es una justicia aprobada por la ley y de acuerdo con las demandas de la ley. Es también una justicia que no contradice todo lo que han hablado los profetas. Es una justicia de la que hablaban los libros de Moisés y los profetas y que esperaban los santos de todos los siglos.

Congregación, es claro que esto se trata de la justicia del Mesías, la justicia obtenida por Cristo a través de Su obediencia y muerte expiatoria. Es por eso que Él iba a ser llamado: *“JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA”* (Jeremías 23:6). Esta justicia, dice el apóstol, ahora ha sido revelada por el Señor. Ahora, después de que Cristo ha cumplido Su obra y ha ascendido al cielo, ahora, cuando el evangelio está siendo predicado a todas las naciones, *ahora* esta justicia ha sido revelada. Ahora Dios la trae a la luz.

Esta justicia ha sido parcialmente revelada en el Antiguo Testamento, pero solo ahora ha sido puesta en plena luz. Ahora Dios proclama a todo pueblo y a cada nación que hay una justicia que hace justo ante Dios. Es la justicia salvadora de Cristo, que lleva el testimonio de la ley y los profetas, es decir, del Antiguo Testamento entero.

“Pero ahora”. Ahora, en el Nuevo Testamento, ahora se ha revelado que hay una justicia: una justicia que el hombre mismo no podía construir, una justicia que Dios estableció, una justicia que satisface las demandas de la ley. Se trata de la justicia del evangelio. Esto quiere mostrarnos Pablo.

En realidad, todo lo que el apóstol ha dicho hasta el momento intenta mostrar la gloria del evangelio; constantemente elabora en este poderoso dicho del primer capítulo: *“Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo”* (Romanos 1:16).

¿Y por qué el joven y formado teólogo de Tarso, instruido a los pies de Gamaliel, no se avergonzaba del evangelio de Cristo? Él dice: *“Porque la justicia de Dios se revela en él de fe en fe”* (Romanos 1:17). Dios revela Su justicia salvadora a través del evangelio. ¡Qué mensaje más

maravilloso contiene el evangelio! Es la increíble proclamación de que Dios hizo a Su Hijo llevar la carga de la deuda del pecado para poder perdonar a los deudores.

Congregación, ¡este evangelio no es solo una maravilla, también es asombroso! Es asombroso para un pecador que sabe que él o ella, junto con todo el mundo, está bajo la ira de Dios. Sentimos que no merecemos nada más que ser castigados por Dios según Su justicia. Pero entonces escuchamos que Dios ha proveído gracia salvadora, incluso poniendo la carga de la culpa sobre Su Hijo, Quién no conoció ni cometió ningún pecado, para que nosotros pudiéramos ser la justicia de Dios en Él.

Cuando el Espíritu Santo abre nuestros ojos y corazones para esta verdad y aprendemos a entenderla por la fe, experimentamos lo que también Lutero experimentó: “Era como si las puertas del Paraíso se habían abierto para mí”. En medio de nuestro miedo y miseria, se abre una puerta en el Valle de Acor,³ ¡al gran asombro del alma! En Cristo, Dios ha establecido una perfecta justicia para pecadores perdidos, quienes en sí mismos son solamente injustos. Esto hace que el evangelio sea amado por nuestro corazón, y nos hace decir como Pablo: *“Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo ... Porque la justicia de Dios se revela en él de fe en fe”* (Romanos 1:16-17).

¿Pero cómo puede esta justicia convertirse en *mi* justicia? Queremos considerar esto en nuestro segundo pensamiento:

Nuestro Segundo Pensamiento. La participación en esta justicia salvadora.

Después de pintar la imagen de la pecaminosidad y condenación del mundo entero, el apóstol nos muestra lo que Dios ha hecho en Cristo: Dios ha proveído justicia salvadora. Sin embargo, queda la pregunta: “¿Cómo puedo yo ser participante en esto? ¿Cómo puede esta justicia de Cristo llegar a ser mía? ¿Cómo puedo yo recibirla y ser vestido con ella?”

Congregación, estas preguntas no están pasadas de moda, como algunos quieren que creamos. Ellos dicen: “No deberían preocuparse de tales preguntas. ¿No murió Jesús por todos y no ama Dios a todos nosotros? ¿No confiesa usted que es un pecador y que Jesús es el Salvador de los pecadores? Ahora pues, ¿qué más quiere? ¡Simplemente tiene que creer y lo recibe! Todo ese cavar dentro de usted mismo es infructífero. Lo que debería preocuparse es esto: ¿Cómo vivo mi vida como un cristiano? ¿Cómo puedo ser un testigo para el mundo?” Aunque estas últimas preguntas son válidas, aún deben ser precedidas por la pregunta personal: “¿Soy yo realmente un cristiano? ¿Tengo yo fe salvadora?”

³ El autor hace una alusión a Oseas 2:15.

La cuestión de la seguridad de la fe es legítima. Es una pregunta bíblica. Abraham también luchaba con la certeza o seguridad de la fe cuando le dijo al Señor: *“Señor Jehová, ¿en qué conoceré que la he de heredar?”* (Génesis 15:8). David también buscaba confirmación de Dios cuando oró: *“Di a mi alma: Yo soy tu salvación”* (Salmo 35:3). Y Pedro sabía que los creyentes estaban luchando con la seguridad de la fe cuando los persuadió en su carta de procurar hacer firme su vocación y elección, así mostrándoles el camino por el cual se recibe la seguridad de la fe.

¿Cómo participo yo en Cristo y en Su justicia? Es una lucha para el alma de los que saben que no hay ningún justo; que saben que todos nos hemos apartado y que somos culpables ante Dios junto con el mundo entero. Ellos se maravillan de que hay un *“Pero ahora”*. Ellos escuchan el evangelio de Dios proclamado con asombro: ¡Dios en Cristo *provee* una justicia! Cuando se presenta a Jesús en la predicación como un Salvador completo y dispuesto, ven que todo lo necesario para la salvación puede encontrarse en Jesús.

Sin embargo, queda la pregunta: ¿Cómo puede uno realmente participar en la justicia de Jesús? El hecho de que todos los elegidos de Dios participen de esta justicia no pondrá a descanso a las almas que buscan. Ni aun serán asegurados por la proclamación de que todos los que lloran por sus pecados y que tienen hambre de justicia serán saciados. Su pregunta más grande es: *“¿Cómo puedo yo personalmente participar en la salvación que fue comprada con la sangre de Cristo?”*

El apóstol nos muestra el camino cuando expone acerca de esta justicia salvadora de Dios, diciendo: *“la justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en él; porque no hay diferencia”* (Ro 3:22). La justicia de Dios—por la cual un pecador es hecho justo ante Dios—se recibe por fe y no nos es impartida por algún mérito en nosotros; ni el arrepentimiento ni la dedicación a Dios merecen este don de justicia. Pablo llama a esta justicia con la que un pecador puede ser considerado justo ante Dios: *“La justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo”* (Romanos 3:22).

Es una justicia que solamente se recibe *por la fe*. La fe es el único medio para recibir la justicia salvadora de Dios. Sin embargo, la fe no es parte de nuestra justicia ante Dios. Tampoco es la base sobre la cual se nos imparte esta justicia. Es solamente el medio por el cual recibimos la justicia.

El apóstol habla explícitamente aquí acerca de *“la fe de Jesucristo”*, una frase que el apóstol ha elegido con cuidado e intención. Más que todo, el Nuevo Testamento habla acerca de la fe *en* el Señor Jesucristo. Pero aquí no dice: *“por la fe en Jesucristo”*, sino: *“por la fe de Jesucristo”*. En su carta a los filipenses, Pablo también habla de la fe de esta manera cuando dice: *“no teniendo mi justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo”* (Filipenses 3:9).

“Por medio de la fe de Jesucristo”. Congregación, ¿qué quiere significar esta frase? En primer lugar, nos enseña que la fe es el único instrumento por el cual podemos apropiarnos de la justicia de Cristo. No se obtiene esta justicia por nuestro arrepentimiento, humildad, celo o amor. La única manera de obtenerla es por fe, es decir, *“la fe de Jesucristo”*.

Esta fe hace de Jesucristo el Salvador idóneo y el Mesías prometido. Esta fe pertenece a la Persona de Jesucristo. Solamente un pecador *creyente* pertenece a Cristo. No es un pecador que trabaja o merece, sino un pecador creyente. La fe de Jesús no significa que la fe misma nos salva, sino Jesucristo, Quien por la fe es aprehendido. *“Por medio de la fe de Jesucristo”*; es una fe que nos une a Cristo, una fe que busca y halla su salvación en Cristo.

La fe nunca está sin Cristo. Nunca es una entidad independiente. La fe es solamente el medio para, no la causa de, nuestra salvación. Nos salva porque nos une con Cristo, porque hace que todo lo que es de Cristo también sea nuestro.

La expresión *“La fe de Jesucristo”* nos enseña explícitamente que esta justicia no se puede encontrar fuera de Cristo. La fe en sí no nos salva. Es solamente Cristo, a Quien la fe toma para sí mismo, Quien nos salva. Por esto, la Biblia siempre habla de la fe en conjunto con Jesucristo. La fe nunca es separada de Cristo.

A veces oímos a personas decir: “Encuentro tanto consuelo en mi fe”. Por cierto, su intención es buena, y quieren decir que en tiempos de aflicción y tristeza encuentran su consuelo en su fe cristiana. Sin embargo, esa fe en sí no nos puede salvar. Nuestra fe tiene que ser el tipo que nos une con Cristo.

Otros dicen: “Allí y en ese momento comencé a creer”. Esto da la impresión de que la fe es un medio para lograr su propia salvación. Es como si dijeran: “Allí y en ese momento me salvé”. De esta manera, la fe se convierte en una obra que nosotros cumplimos. La fe, sin embargo, no es una obra; más bien, es solo un instrumento que se aferra a Cristo.

La fe, entonces, es la única manera de participar en la salvación obtenida por Cristo. El apóstol enfatiza que el pecador es justificado ante Dios por la *“fe de Jesucristo”*. La fe de Moisés, de Pedro o de la iglesia es insuficiente. Solamente la fe que busca la salvación en Jesucristo puede salvar al hombre. La fe que nos une con Jesucristo es victoriosa sobre las acusaciones de nuestra conciencia, sobre las maldiciones de la ley transgredida, sobre la culpa de nuestros pecados y del veredicto de muerte, porque se cubre con la manta de la justicia de Jesús, que es segura.

Finalmente, el apóstol enfatiza que esto se aplica tanto al judío como al gentil. Él explica: *“sobre todos los que creen en él; porque no hay diferencia”* (Romanos 3:22). No hay un camino separado

para la salvación del judío y para la salvación del gentil. Solamente hay un camino para todos, tanto para el judío como para el gentil, es decir: el camino por medio de la fe.

Y esta es la razón, como señala el apóstol: “*por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios*” (Romanos 3:23). Sea lo que sea la diferencia entre los hombres, esto es lo que todos tienen en común: todos son pecadores que no pueden ofrecer a Dios la obediencia que Él requiere en Su ley. Por eso, todos necesitan de esta justicia de Dios, que solamente puede ser recibida por medio de la fe de Jesucristo. De esta manera, el apóstol revela que para el hombre caído hay solo un camino a la salvación, es decir, por medio de la fe de Jesucristo. Todos los demás caminos llevan a un callejón sin salida.

La fe debe permanecer pura y no ser mezclada con las obras o cualidades del hombre. Los reformadores hablaron explícitamente sobre “Sola Fide”—solamente por la fe. La fe no puede ser mezclada con los méritos del hombre, como se enseña en la doctrina católica romana de la justificación. Nuestras obras no son parte de nuestra justicia ante Dios. Esta idea desmerece el sacrificio completo y perfecto de Cristo. La expiación de Cristo no requiere obras meritorias adicionales de los hombres.

La fe tampoco debe mezclarse con las supuestas cualidades de los hombres. La gente puede hablar de tal manera de la necesidad del conocimiento de la miseria y de la profundidad requerida de este conocimiento, que se convierte en una cualidad, una idoneidad, que uno debe poseer para ser aceptado por Cristo y justificado por Dios. Esta forma de pensar resulta en la justificación del pecador *cualificado*. ¡Tales pensamientos han causado un abuso de la doctrina de la justificación! Conocer nuestra miseria es esencial; sin embargo, el verdadero arrepentimiento no nos convierte en un pecador *cualificado*; más bien, nos hace, a nuestra propia estimación, el pecador *menos cualificado y digno* ante Dios.

El principio de “Sola Fide” debe ser protegido continuamente. Nada de lo que es del hombre debe permitirse entrar. ¿Y por qué no? Porque cuando uno mezcla la fe con las obras meritorias del hombre, su dignidad o sus cualidades, la fe se estropea y, en consecuencia, la fe ya no será fe.

La fe siempre reclama la posición de un rey; es como un soberano que nos obliga a renunciar a nuestras propias obras, a nuestros méritos, a nuestras humildes condiciones y a no traer nada más que nuestra miseria, nuestra culpa, nuestros pecados, nuestra angustia, nuestra lucha, nuestra hambre y nuestra sed.

Al mismo tiempo, esto es lo que hace que creer sea tan difícil y, de hecho, tan inalcanzable para la naturaleza caída del hombre, porque el hombre por naturaleza se caracteriza por el orgullo. Este orgullo quiere venir con algo meritorio. Se resiste a “Sola Fide”, el principio de solo por la

fe. El hombre siempre quiere poseer algo o traer algo en qué apoyarse. Pero la fe es una dependencia completa en Cristo. Tener fe es *“no saber cosa alguna ... sino a Jesucristo, y a este crucificado”* (1 Corintios 2:2), es confiar en lo que Cristo ha hecho. No confiar en lo que yo he hecho, sino en lo que Cristo ha hecho en la cruz del Calvario, donde Él clamó: *¡“Consumado es”!* (Juan 19:30).

Esto es confiar, no en mi obediencia, sino en la obediencia de Cristo. Confiar, no en mi humillación, sino en la humillación profunda de Cristo. Por eso, la fe verdadera va acompañada de una desesperanza beneficiosa en todas las demás cosas. Lutero escribió a Melanchthon: *“Te deseo una desesperanza saludable”*. Una desesperanza saludable en sus lágrimas, sus oraciones, sus mejoras, sus humillaciones, sí, en todo lo que es propio de usted. Y, sin embargo, no estar consumido por esta miseria porque cree en el evangelio que el apóstol proclama con estas palabras: *“Pero ahora, sin la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo”* (Romanos 3:21-22).

“Pero ahora”; así el apóstol comienza a revelar la doctrina de la salvación por medio de la fe. Ya les mostré lo importante que es el cambio que representan estas palabras. Es una frase importante en la doctrina de la justificación, pero también en la experiencia de un cristiano. En desesperanza saludable, un pecador también dice: *“Pero ahora”*. Cuando los pecados que cometemos nos condenan; cuando nuestra conciencia nos acusa; cuando la santa ley de Dios nos maldice; cuando el diablo nos asusta con la maldad que hemos cometido, y la justicia y santidad de Dios nos atemorizan; cuando una desesperanza saludable en todas las cosas en que antes confiábamos se convierte en una realidad; ¿qué queda para el hombre en tal condición? Esto: ¡el *“pero ahora”* del apóstol!

Este *“pero ahora”* apunta a lo que Dios ha hecho en Cristo. Este *“pero ahora”* contrasta con el mensaje de Romanos 3:19: *“para que toda boca se cierre y todo el mundo se sujete al juicio de Dios”*. En Cristo, Dios proveyó una justicia en la cual participamos, no por la ley, sino por la fe. Esta fe hace que la luz resplandezca en las tinieblas de nuestro estado perdido, para que exclamemos: ¡*“Pero ahora”!*

Por lo tanto, ¿se ha cerrado su boca, y ya no tiene usted nada más con qué defenderse? ¿Se declara culpable ante Dios, junto con el mundo? Oh, ¡escuche este *“pero ahora”!* Y aparte la mirada de la ley, que ha quebrantado y que le condena. Mire a la cruz del Calvario, donde Cristo fue quebrantado y llevó la maldición. Aparte la mirada del trueno del Monte Sinaí, de la grandeza de sus pecados; mire a la sangre de Jesús que habla mejor que la de Abel (Hebreos 12:24). Mire a la sangre de Jesús mientras ruega a Dios por perdón y salvación.

“Pero ahora”. A pesar de las tinieblas y de la culpa del pecador, la fe abraza el evangelio de Dios. Abraza la liberación de la culpa y el castigo. Abraza la justicia con que podemos mantenernos ante Dios, es decir, la justicia de Cristo: una justicia no obtenida por las obras, sino por la fe.

Es una absolución “rara”, porque no se basa en nuestra inocencia, sino en Cristo, quien fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, y cuyo castigo trae a nosotros paz con Dios.

Cantemos ahora el Salterio 232:3.

“Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo”. Esto dice Saulo de Tarso en medio del mundo gentil, donde se consideraba la cruz de Cristo como locura, y en medio del mundo judío, que veía la cruz de Cristo como un tropiezo. Él afirma que soportó todo reproche y privación con paciencia para poder proclamar las riquezas de Cristo a los gentiles, riquezas que son incalculables.

En todo, vemos que el evangelio es maravilloso y asombroso para Pablo. El mundo entero es culpable ante Dios; todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios. Pero ¡oh maravilla! Aun cuando ninguno es justo, Dios provee una justicia en Cristo, una justicia que salva de la muerte y la condenación. Pablo exclama: *“Pero ahora ... se ha manifestado la justicia de Dios ... la justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo”* (Romanos 3:21-22).

Pablo es un hombre que ha encontrado un tesoro que ahora desea compartir con los demás. Él simplemente no puede callarse sobre lo que Dios ha hecho en Cristo. Así reconocemos a un verdadero siervo del Señor. Un verdadero siervo no es solamente llamado por Dios, sino que también ha recibido un mensaje de Dios. Él ha encontrado un tesoro y no puede callarse sobre ello. Cuando establecemos el estándar a este nivel, temo que hoy en día solo queden unos pocos verdaderos siervos del evangelio.

“Pero ahora”, dice el apóstol. Este es el gran punto de inflexión en la historia. Después de mostrar la culpa, la oscuridad y la desesperanza del mundo, el apóstol todavía tiene el privilegio de poder continuar con: *“Pero ahora”*.

Ahora una luz resplandece en las tinieblas de nuestro estado perdido. ¡Dios provee redención! En Cristo, Dios hace un camino para reconciliar a los pecadores consigo mismo sin comprometer Su justicia. Dios provee justicia salvadora. Es la justicia del evangelio. Es la justicia que Cristo ha establecido por Su obediencia y por Su sufrimiento y muerte expiatorios. Y ahora este camino de salvación se ha revelado. Se revela a través de la predicación del evangelio.

Congregación, ¿cómo serían nuestras vidas sin este evangelio? Sin esperanza. Solamente habría desesperación oscura. ¡Pero Dios sea glorificado! Hay un *“pero ahora”*. Siempre hay un *“pero ahora”*, ¡no importa cuán terribles sean sus pecados! ¡No importa cuánto se haya apartado de Dios! Siempre hay un *“pero ahora”*. Porque Dios, en Cristo, provee salvación. Lleven esto con ustedes. No permitan que el diablo les haga creer que *“para ti ya no es posible”*. Siempre hay un *“pero ahora”*, un *“no obstante”*. Ahora que Dios ha hecho esto, ahora que Él ha dado a Su Hijo unigénito para la expiación del pecado, ahora hay siempre un *“pero ahora”*.

¿A quiénes se promete este evangelio? Leemos: *“para todos y sobre todos los que creen en él”* (Romanos 3:22). En primer lugar, dice *“para todos”* y después *“sobre todos”*. La justicia salvadora que Dios provee en Cristo es, en primer lugar *“para todos”*. Se predica y se presenta el evangelio a todos, según el mandamiento de Jesús: *“Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura”* (Marcos 16:15).

La justicia salvadora, sin embargo, se aplica solamente a *“todos los que creen en él”*. Solo beneficia a los creyentes. Aunque se predica a todas las personas, esta justicia solamente cubre a aquellos que creen. Cubre todos sus pecados y manchas como una manta. Son vestidos con la manta de justicia, la tela de lino fino y limpio de la justificación de los santos. Todos los que creen son participantes. No hay diferencia si uno es judío o gentil, blanco o negro. Solo hay un camino: el camino de la fe.

¿Por qué es la fe tan importante? ¿Por qué es tan decisiva? La fe en sí misma no es algo impresionante. No es algo a lo que la gente mira con asombro, como lo harían con la poderosa torre de Babel. La fe no es tan impresionante. Al contrario: la fe es simplemente una mano temblando que toca el borde del vestido de Jesús. La fe es simplemente el grito del asesino arrepentido a Jesús: ¡*“Señor, acuérdate de mí”*! (Lucas 23:42). La fe es no poder soltar a Jesús, como la mujer cananea. El conocido escritor Hugh Binning dice: *“La fe en su funcionamiento más puro es el aferrarse de un alma perdida a Cristo”*. Nada más. ¡Qué definición más preciosa de la fe! ¡Es digna de ser escrita en oro!

¿Conoce usted algo de esta fe? Muchas cosas se dicen acerca de la fe, pero ¿conoce algo de este *“aferrarse de un alma perdida a Cristo”*?

Otra imagen muy usada para describir la fe, especialmente por los puritanos, es esta: la fe es como desembarcar del viejo barco que se hunde del pacto de obras y nadar hacia la roca segura del pacto de gracia.

Quizás diga: *“Es muy probable que todo esto sea la verdad, pero yo no puedo nadar. No tengo fe; no puedo creer”*. Bueno, el padre del niño con el espíritu mudo tampoco lo pudo hacer. Cuando Jesús le dijo: *“Si puedes creer, al que cree todo le es posible”* (Marcos 9:23), este hombre

no pudo decirle: “Sí, Señor. Tengo fe. Cumpló los requisitos”. No pudo nadar. Pero clamó: “*Creo, Señor; ayuda mi incredulidad*” (Marcos 9:24). Y no se ahogó. Y tampoco se ahogará usted, cuando se tire a los pies de Cristo.

El mundo entero es culpable ante Dios. ¡Qué impactante! Sin embargo, ¡hay un “*pero ahora*”! ¡Cuán incomprensible! El apóstol aún dice que: “*Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no imputándole sus pecados*” (2 Corintios 5:19). Dios proveyó salvación. Por eso, el apóstol habla de la justicia de Dios. Es enteramente la obra de Dios. Dios establece esta justicia. Dios mismo provee la reconciliación en la profunda miseria y desamparo de la raza humana.

Por eso, les ruego: “*Reconciliaos con Dios*” (2 Corintios 5:20). Dejen que eso suceda, congregación. Dejen de lado su rebeldía y entréguese a Dios, Quien nos presenta a Cristo para la reconciliación, y Quien, a través de Sus siervos, les ruega: “*Reconciliaos con Dios*”.

Amén.

Último Salterio 374:1,2,4.